



LAS NUBES

Hace poco, queridos niños, que os propuse un paseo por el campo con objeto de observar el bello espectáculo que el crepúsculo nos ofrece.

¿Os acordais?

Lo creo así: en el tomo quinto de esta Revista pudisteis leer mi artículo *El Crepúsculo*, y ver en él la promesa de explicaros los principales hechos de ese poderoso agente que se llama Naturaleza.

Los fenómenos naturales deben, pues, originar varios artículos, que habrán tenido principio en el antes citado, que apareció en el quinto tomo de esta bella publicación.

Hoy voy á hablaros de las nubes, y para ello os invito nuevamente á otro paseo campestre.

¡Es tan bello el campo!

En él podemos estudiar la naturaleza qué bellos cuadros nos presenta por

do quiera; en él nos encontramos admirados ante el espectáculo que se nos ofrece.

No rehusareis, pues, que á él os lleve. Vamos, niños queridos, á contemplar las nubes.

Seguramente hoy no tenemos el bello color rosado del crepúsculo ante nuestros ojos; aunque no por eso la naturaleza pierde su magnificencia cuando el azul del cielo se oculta tras nube blanquecina.

Está nublado.

¿Os entristece esto?

Tal vez así sea; pero no por eso debemos dejar á la tristeza apoderarse de nuestro corazón. Las nubes, aunque oculten á nuestra vista el astro luminoso, aunque roben á nuestros ojos el bello color del cielo, tienen una soberbia grandeza que no puede desconocerse.

Casi me atrevo á suponer que dudais de esto que os digo: no lo hagais; la tristeza, como la alegría, tiene su sublimidad.

Empéccemos, pues, nuestro camino, y observemos con cuidado; tal vez pueda pasar desapercibido algo que vosotros y yo debamos observar.

Estamos en el campo. Ved cómo las nubes revisten formas tan distintas como extrañas; ved cómo por una parte son blanquecinas, por otra brillantes, por alguna completamente oscuras.

¿No lo veis?

¿Cómo no? Seguramente es la pregunta importuna.

Observais como yo; y como yo admirais el magnífico cuadro.

Y querreis, no puedo dudarlo, querreis saber, sin duda alguna, cuál es la causa que forma las nubes, qué es, en fin, lo que os hago admirar.

¡Las nubes!

Vosotros las veis: por una parte cual gasa pavorosa; por otra, cual negra acumulacion de cargado humo.

Y viéndolas, no sabeis lo que son, y admirándolas, desconoceis el por qué de su existencia.

Yo os lo diré; yo procuraré explicaros el misterio de la nube.

¿Conoceis el vapor?

Lo supongo: todos vosotros habeis podido observar en vuestras casas el humo blanquecino que se escapa de la vasija donde hay agua hirviendo.

La naturaleza tiene inmensas vasijas, grandes receptáculos, donde el agua se evapora en parte: esos receptáculos, que vosotros podeis llamar lagos, rios, océanos, como querais, producen gran cantidad de vapor, del humo blanquecino que habeis podido

observar en las cocinas de vuestras casas.

Y ese vapor, ¿qué hace?

Permanece en la atmósfera sin que vosotros le veais, hasta que se condensa, y en forma de gotas de extremada pequeñez ocupa las altas regiones de la atmósfera. En ellas se acumula, y forma lo que á vosotros parece una masa compacta: las nubes.

Ya sabeis el secreto, ya conoceis el misterio que existia para vosotros en esta materia.

Pero ¿qué teneis?

Parece que ahora no os sentís, como ántes, admirados; parece que la ilusion ha desaparecido.

No; mirad aún, ya que nos queda todavía algo que considerar.

¿No veis cuán diversas formas tienen las nubes?

Sí lo veis; os lo he hecho observar ya: ántes de ahora he hecho que en este particular fijeis vuestra infantil atencion.

Mirad de nuevo: allí próximo al horizonte las veis en fajas prolongadas y horizontales: son los *stratus*.

Tienen su nombre segun su forma; y os diré que son los *stratus* frecuentes en el otoño, encontrándose siempre bastante bajos.

Mirad otras de distinta forma: los *airus*.

En delgados filamentos se presentan allá, muy alto, casi sobre nuestras cabezas.

Siempre las vereis así, siempre aparecerán tan elevadas; tal vez de partículas heladas ó de copos de nieve estén formadas.

¿No hay más? me decís.

Sí; aún restan los *nimbus* y los *cúmulus*.

Qué son los cúmulus voy á deciros, ántes de que por ello me preguntéis.

Son bellas nubes que montañas reunidas asemejan; tan redondeadas y tan bellas, presentan siempre un hermoso aspecto con sus filetes de mil vueltas iluminados.

Nos restan aún las últimas por observar, las que ántes os he dicho llamarse nimbus. Estas no se presentan con formas determinadas, y son las nubes de lluvia. Las más feas, sin duda alguna, para vosotros, de todas las que sucesivamente hemos ido observando, son, sin embargo, las más beneficiosas para los campos: ellas dan las lluvias que fertilizan las tierras haciéndolas cultivables. Sin el agua no habria vegetación, sin ella no podríais admirar las hermosas flores con que la primavera nos deleita.

Ya hoy hemos terminado nuestra mision, y debemos volver; los nimbus parecen amontonarse formando una inmensa nube de un color gris uniforme: tal vez la lluvia no tarde en caer, y entónces seria lastimoso encontrar-nos en el campo.

Ante el peligro de mojarnos volveremos definitivamente.

Pero es inútil nuestra precaucion:

ya pequeñas gotas vienen á mojar nuestros vestidos; la lluvia empieza á descender sobre la tierra.

¿Qué hacemos?

Volvamos, y sea nuestro paso rápido en lo posible: así podremos, al ménos, llegar más pronto á donde á cubierto podamos estar.

Corred, corred veloces; la lluvia arrecia, y bien pronto nuestros vestidos serán traspasados por el agua.

Ya llegamos: aquí estamos á cubierto y seguros.

Pero ¿cómo entretendremos el tiempo que esperando debemos permanecer?

Yo os contaré lo que es la lluvia, si os parece que mi narración puede seros agradable.

—La esperamos ansiosos, me decís.

—Pues aprestaos á oír mis sencillas palabras.

Pero noto, queridos niños, que el sol nos envia sus rayos y que la lluvia ha cesado. Por esto podemos salir, y en el camino iré contándoos lo que os he prometido.

—En el camino, no, exclamais unánimes.

—Pues entónces quedará mi explicacion para otro dia.

E. THUILLIER.

Puerto de Santa María, 1872.



B. COPPIN

A. MINNE

JUEGOS DE LAS NIÑAS

I



EL RATON Y EL GATO

Las niñas hacen corro, y la que figura ser el *raton* queda dentro del círculo, y fuera la que figura ser el *gato*. Este, como es natural, quiere coger á *aquel*, pero las demas niñas se lo impiden cerrándole el paso, y si al fin logra entrar, ya no le halla, porque á tiempo que entraba por un lado el *gato*, se salia por el otro el *raton*. Entónces el *gato* quiere salir del círculo,

bien que le cuesta gran trabajo lograrlo, y cuando sale, el *raton* se mete por otro lado.

Cuando el *raton* es torpe y se deja coger, paga prenda la niña que lo representa, y ella y la que hace de gato vuelven al corro, reemplazándolas otras dos niñas en el desempeño de tan importantes papeles.

Es un juego entretenido.



LAS VECINAS

Colócanse en corro las niñas, distantes unas de otras, y una se pone en medio para preguntar á las demas.

¿Le gustan á V. sus vecinas? pregunta á una de las niñas.

Cuando la interpelada contesta afirmativamente, las niñas todas mudan de sitio, y la que está en pie en medio, hace lo posible por coger un asiento vacío.

Si contesta negativamente, hay que decir á quiénes se prefiere tener por vecinas, y las señaladas mudan de sitio, cambiándolo con el de las vecinas excluidas.

La gracia de este juego está en hacer con gran presteza los cambios de sitio para que la que esté en medio no logre sorprender á alguna, hallando un asiento vacío que ocupar.

EL ESPEJO

El tiempo corre; la niñez se pasa;
 el cutis más rosado se marchita;
 el fuego del amor el pecho abrasa;
 la ambición de la gloria nos agita;
 correr vemos los años y los meses
 con ligereza tal, que nos asombra;
 sufrimos mil reveses;
 luchamos por vencer la mala sombra;
 y un día al despertarnos, 'el espejo,
 con su charla elocuente,
 nos llegará á decir:—Ya eres un viejo.
 —¿Cómo?—Mira los surcos de tu frente...
 —Y es verdad; pero...

—Negro cual la tinta
 fué tu cabello.

—Cierto.

—Ya escasea,
 y es blanco.

—Dice bien.

—Pero, se pinta...

—¿Quién en tan necia operación se emplea?
 —Sufre entónces tranquilo tus derrotas.
 —El cabello que falta me importuna...
 —Usa el mágico aceite de bellotas,

capaz de sacar pelos á la luna;
 Mas ¿por qué miras sin cesar al suelo?
 Acaso algun objeto habrás perdido...

—Poderme enderezar fuera mi anhelo,
 y ser gallardo como siempre he sido.

—¿Vas á salir?

—La obligación me espera.

—Ponte faja, gaban y sobretodo;
 baja con precauciones la escalera;
 evita el sol, la sombra, el viento, el lodo;
 la abstinencia más grande te conviene...

—¿Y si algun obstinado me convida?

—Toma caldo no más: esta es la higiene.

—Higiene podrá ser: pero no es vida.

Niños, no odieis al parlanchin espejo
 cuando avanceis del mundo en el camino:
 por fin el niño ha de llegar á viejo,
 si de jóven morir no es su destino;
 pero evitad que intente,
 y que logre advertiros despiadado
 entre los surcos de la honrada frente
 los que marca la huella del pecado.

M. OSSORIO Y BERNARD.

CUENTO DE COCINA

FABULILLA

La inocente Manuela
 puso un jarro con leche á la candela;
 y, cosa natural, segun hervia
 el líquido subia;
 al ver que el jarro solo se llenaba,
 alegre saltos daba;
 y dijo al fin: «¡Serán cosas divinas!...
 Pues que Dios me regala tanta leche,
 para que se aproveche
 convidar quiero á todas mis vecinas.»

Alborota el cotarro,

y llegan muy contentos los hambrones;
 pero al mirar sin una gota el jarro,
 que derramó la leche á borbotones,
 aquella gente ingrata
 con burla torpe á la infeliz maltrata.

*El estudio profundo
 enseña á dar á todo su importancia;
 y siempre la ignorancia
 víctima fué de ingratos en el mundo.*

TEODORO GUERRERO.

LOS GRANDES INVENTOS CONTADOS Á LOS NIÑOS

V

LA PÓLVORA

II

Os dije en mi anterior artículo, niños queridos, que no debía imputarse la invencion de la pólvora á ninguno de los que comunmente se consideran sus inventores.

El considerar á Schwartz como su inventor, como el aplicar la invencion á cualquier otro, no puede bajo ningun concepto admitirse como cierto, y ya esto os lo he dicho para que de ello tuviérais conocimiento.

Y, afirmando este particular, debo entrar de lleno en manifestaros el secreto de la pólvora.

¿El secreto de la pólvora?

Sí, niños míos, el por qué de su fuerza, la causa de su potencia maravillosa,

¿Habeis pensado alguna vez en esto?

¿Habeis reflexionado por qué la pólvora, al inflamarse, cuando está en un cañon, en un fusil ó en una pistola, arroja fuera con rapidez tan extraordinaria la bala ó municion con que el arma está cargada?

¿No habeis querido averiguar la causa de que al cargar un arma de fuego haya necesidad de poner un taco que comprima fortísimamente la carga depositada en el interior del cañon?

Supongo, pequeños lectores, que no se os habrá ocurrido pensar en esto; y

lo supongo tanto más, cuanto que generalmente se ven las cosas sin que procuremos averiguar las causas que las originan.

Y por si esto es así, yo voy á poner al alcance de vuestras tiernas y sencillas imaginaciones el misterio del tiro, de eso que tanto miedo os causa cuando cerca de vosotros oís su terrible detonacion.

Suponed que dentro de un recipiente cualquiera teneis una cosa encerrada, de tal modo, que no hay ni un pequeño hueco que la tal cosa no ocupe; si, siendo así, suponeis que la citada materia, el cuerpo encerrado, crece allí dentro, y aumenta sin cesar, habeis necesariamente de convenir conmigo en que aquello que lo contiene ha de estallar, dando salida al cuerpo contenido, si la fuerza que el aumento de este produce es considerable.

Suponed esto mismo en la pólvora, y tendreis explicado el secreto de su fuerza; si bien con la particularidad de que en ella el aumento de volúmen se efectúa en un rapidísimo momento.

En efecto, queridísimos lectores, la potencia espantosa de la pólvora consiste en el aumento de volúmen que ocasiona su combustion al convertirse en gases las materias que entran en su composicion.

Si admitimos que un litro de pólvora se convierte por su combustion en 4.000 litros de gases, es decir, que ocupa despues de haberse inflamado un espacio cuatro mil veces mayor, puede fácilmente comprenderse la fuerza prodigiosa de que dicha materia se verá animada, y no se dudará un momento de que en ello estriba el misterio del tiro, de la velocidad de la bala, de su potencia extraordinaria.

La pólvora está compuesta de varias materias que se descomponen por su combustion; y segun que produzcan mayor ó menor cantidad de gases, será mayor ó menor la fuerza de aquella.

¿Habeis comprendido esto, queridos niños?

Supongo que sí; pero por si así no fuera, voy á explicároslo aún más. Si habeis poseído una pequeña pieza de artillería, ó si, no habiéndola jamás poseído, habeis visto cargar un arma de fuego, habreis notado la pequeña cantidad de pólvora que se metía en el cañon, pequeñísima si se la comparaba con la que éste podia contener hasta verse lleno completamente. Basta, en efecto, poca pólvora para producir un tiro; pero éste no se verifica si aquella no se encuentra muy apretada por el taco que la oprime fuertemente.

El arma, la pieza pequeñita de artillería, se ha disparado. Un fuerte ruido se ha oido; y el tiro sólo ha dejado en vuestros oidos un zumbido particular, á causa de la fuerte impresion causada en vuestro nervio acústico por las ondulaciones violentas del aire.

¿Qué ha pasado dentro de la pieza, del arma disparada?

El fuego se ha comunicado á la pólvora, la combustion de ésta ha tenido lugar; y al verificarse, lo que habia

dentro del espacio que la contenia no cabia buenamente en él. Ha sido, pues, necesario un sitio mayor, y como el que existia estaba cerrado, ha sido preciso romper la puerta que cerraba fuertemente: la puerta era el taco, y al abrirse dejaba libre el paso por el cañon, que se ha encargado de dirigir la bala por la calle por él formada.

Y aquí toca explicaros el por qué siempre se rompe la puerta y nunca las paredes de la cámara.

—¿No podrán romperse estas? me direis.

—Sí; pero no es probable que así suceda.

—¿Por qué?

—Voy á responder inmediatamente á vuestra pregunta.

Las paredes son más fuertes y oponen más resistencia que el taco, y por esto rompe éste, que es más débil que aquellas. Sucede á veces que el cañon no tiene la necesaria resistencia: entonces ocurre que la puerta es tan fuerte como las paredes de la cámara, y que estas se hacen pedazos, con el consiguiente riesgo para el que dispara.

Esto puede suceder, y de aquí el peligro de las armas de fuego, fundándose yo en esto cuando al deciros que podíais tal vez haber jugado con pequeñas piezas de artillería, daba á tal accion en mi anterior artículo el calificativo de imprudente.

Por esto, pues, no debeis tener tales juègos, desechándolos si os fuesen propuestos por algunos compañeros, que en tal caso no sabrian comprender lo peligroso de su proposicion.

Ya os he dado á conocer la pólvora, para que, conociéndola, podais evitar los efectos que la ignorancia de sus propiedades pudiera acarrearos. ¡Ojalá

que esto pueda seros útil, y que nunca, imprudentes, juguéis inadvertidamente con lo que tanto mal puede producirnos! ¡Ojalá que no sea perdido este pequeño trabajo que he tomado sobre mí al presentaros este segundo invento de que os hablo.

La pólvora es sólo útil cuando se aplica á los grandes fines de la indus-

tria humana: sólo entónces cumple una mision digna y benéfica.

Pero... cualquiera de vosotros creerá que aquí voy á terminar este asunto. ¿No es verdad?

Pues se equivoca: me queda todavía que tratar de la fabricacion de la pólvora, y esto queda para el siguiente artículo.

DESPUES DE COMER



Despues de comer, todo niño bien educado debe dirigir á Dios una oracion en accion de gracias.

No hacerlo así es notoria ingratitud.

Con sólo pensar que hay tantos niños inocentes que no tienen qué comer, que acaso á esa hora mueren de hambre en brazos de sus madres, si áun en su desdicha tienen la ventura de no ser huérfanos, basta para persuadirse de lo justo que es dar gracias á Dios por los beneficios que de Él se reciben; pues todo, alimento, sueño reparador, reposo, alegría, salud... todo, en fin, á Dios misericordioso se le debe.

EL VIAJE DE DOS NIÑOS IMPRUDENTES



—Es muy fastidioso, decía un día Arturo á su hermana Paulina, que siempre vayamos á pasear con la niñera, como si fuéramos niños pequeñitos, como si no supiéramos andar.

—Siempre nos lleva á los mismos sitios, y nunca quiere ir léjos.

—Y siempre diciéndonos:—No corrais, que os vais á caer.—No vayais por en medio.—¡Que viene un caballo!...—No os acerqueis á esa vaca.—Dadme la mano.

—¡Ya! ¡ya! no nos deja respirar.

—Yo, mejor quiero no salir de casa.

—Mira, Paulina, lo que yo he pensado. Mañana nos levantamos muy tempranito, ántes de que papá y mamá se despierten, y nos vamos solitos á hacer un viaje, como los que hacia Robinson en su isla. Iremos á donde queramos y nos detendremos cuando nos dé gana, y nadie nos impedirá hacer nuestro gusto.

—Pero mamá va á creer que nos hemos perdido.

—No, porque como yo sé ya escribir, le pondré á mamá sobre el velador un papel que diga:—«Mamá, Paulina y yo hemos ido á hacer un viaje como Robinson, y volveremos á la tarde.»

—¡Ay! ¡cuánto nos vamos á divertir! Tú cuidarás de despertarme.

—Sí, sí, no tengas cuidado.

Arturo estaba tan preocupado con su gran empresa del día siguiente, que, al acostarse, olvidó rezar la oración de costumbre. Si se hubiese acordado de Dios en aquel momento, acaso habría reflexionado que Dios no podía aprobar

lo que intentaba hacer. Pero no pensó en otra cosa que en su proyecto, y apenas durmió. Aún no había amanecido, cuando ya estaba levantado y vestido, y se dirigió á llamar á su hermanita.

Ambos, de puntillas para no despertar á nadie, bajaron á la cocina y cogieron dos pedazos de pan, que les servirían despues de almuerzo; luego Arturo escribió con lápiz lo que ya se ha citado ántes, y en seguida abrieron la puerta de la casita de campo donde vivían, y salieron corriendo á todo correr, como si fueran huyendo por haber hecho algo malo.

Cuando se detuvieron, grandemente sofocados, se hallaron en una pradera. Los pajarillos cantaban alegremente, y hermosas margaritas y otras bellas flores se alzaban empapadas de rocío, y el sol las acariciaba y las daba vida y calor. Pájaros y flores parecían gozar inefable ventura. Y Arturo y Paulina, ¿eran venturosos?

No, porque cuando estuvieron bastante léjos para no temer ser cogidos y llevados á su casa, empezaron á oír claramente en el fondo de su corazón una vocecita que les decía:—«Lo que habeis hecho es una gravísima falta. Vuestros padres os tienen prohibido salir solos. Les vais á dar un gran disgusto con vuestra desobediencia.»

Paulina caminaba muy pensativa, sin pensar siquiera en coger las flores hermosísimas que hallaba á su paso, cuando otras veces, ántes de ser desobediente, en cuanto veía flores las co-

gia para hacer un ramito y llevarlo á su mamá. Arrepentida y temerosa, propuso á su hermano dar un corto paseo y volver á casa. Pero Arturo cantaba, silbaba, brincaba y hacia todo lo posible por aturdirse y no oír aquella vocecita que le reprochaba su mala acción.

—No, no, dijo á su hermana, ya que hemos salido, vamos á hacer el viaje. Lo mismo nos castigarán si volvemos ahora que si volvemos á la tarde. Mira, allí hay un sitio muy hermoso para sentarnos y comer el pan.

Después de su frugal desayuno, los niños quisieron ponerse á jugar, pero nada les divertía. Intentaron edificar una cabaña, pero en seguida renunciaron y volvieron á seguir su camino.

—Arturo, decía Paulina, no vayamos por allí, que hay mulas y nos pueden dar un par de coces; ¡mira, mira qué perro tan grande!... Vámonos por otro lado.

—¡Qué cobarde estás hoy! No te sucede eso otras veces.

—Es que otras veces vamos con Rosa, la niñera, ó con papá ó con mamá...

—¿Y no me crees á mí bastante fuerte para defenderte?... Si nos salen ladrones ó lobos verás cómo te defienden y los mato á todos.

Hacia ya largo tiempo que habían comido el pan, y los dos niños empezaban á sentir necesidad. Arturo había tenido la precaución de echarse en el bolsillo el dinero que tenía; pero faltaba que llegaran á sitio donde hubiera una tienda, un puesto donde comprar alguna cosa.

Después de mucho caminar, descubrieron un pueblecito. Nuestros viajeros aceleraron el paso y fueron miran-

do á las tiendas que hallaban, ganosos de encontrar alguna donde se vendiera algo bueno de comer.

Había en varias pan, pero esto no les llamaba la atención, porque ya habían comido pan; en otras había carne cruda, pero carne cruda no la podían comer.

Al fin, descubrieron en una tienda de ultramarinos unos bollos bastante llenos de polvo, eso sí; pero en viaje no hay que ser muy escrupuloso. Ya iba á entrar Arturo á comprarlos, cuando un hombre borracho salió de la tienda, se detuvo delante de los niños, mirándolos estúpidamente, y cogiendo á Paulina por el brazo, exclamó:

—Chiquilla, tú te vienes conmigo.

Paulina, aterrorizada, procuraba desasirse, llorando, y Arturo, que tanto presumía de valiente poco antes, se escondía vergonzosamente detrás de una puerta de la casa de enfrente. La niña pudo al fin desasirse de las manos del borracho, y echó á correr; su hermano la siguió, y ambos corrieron, sin mirar atrás, hasta que ya no pudieron más y cayeron rendidos de fatiga.

Después de esta aventura, Arturo pensó que ya era tiempo de volver á casa, y, sobre todo, que necesitaban comer y descansar. Pero había una dificultad; que ni él ni Paulina sabían el camino. En los campos hay muchos aldeanos á quienes preguntar; pero Paulina, después de aquel fatal encuentro del borracho, tenía miedo de todo el mundo, y se echaba á llorar cuando su hermano le decía que iba á acercarse á preguntar á alguno de los que pasaban.

Decidieronse, pues, á caminar á la ventura, por donde conjeturaban que podrían hallar el camino para su casa.

De cuando en cuando se detenían, rendidos de hambre y de fatiga; luego volvían á andar, y luego se paraban, y así les sorprendió la noche.

Estaban cerca de un bosquecillo, y allí, al abrigo de un árbol corpulento, se sentaron muy juntitos, con un sueño que apenas podían abrir los ojos, y, sin embargo, hacían grandes esfuerzos para no dormirse.

El día había estado muy bueno; pero la noche era fría y el viento soplaba por entre la arboleda, y producía un ruido lúgubre que tenía aterrados á los niños.

—Arturo, decía Paulina á su hermano; si habrá lobos aquí...

—No sé, decía el valiente; pero creo que los lobos no salen más que en invierno, cuando hay nieve.

—Y estamos en verano, ¿es verdad?

—Sí; no hay lobos ahora.

Y en el mismo momento, el valeroso Arturo dió un grito de espanto y un salto como si le hubiera picado una víbora.

Era que se habían movido las ramas del árbol, y se había oído un espantoso ¡*Miaou!*...

—¡Ay! ¡un tigre! exclamó Arturo, más muerto que vivo.

El miedo le hacía olvidar que en aquel país no había habido tigres jamás.

—¡*Miaou!* gritó otra vez una voz horrible, y al mismo tiempo pasó junto á ellos un animal enorme, que les pareció un oso, una pantera, un elefante, y era simplemente un gato de una casita próxima, que se había quedado fuera aquella noche.

La fatiga pudo más que el miedo, y Arturo y Paulina se quedaron dormidos y no se despertaron hasta la auro-

ra. Levantáronse fríos, con los miembros entumecidos, con dolor en las espaldas y en la cabeza, y se pusieron en marcha, decididos á preguntar el camino de su casa al primero que encontraran.

Apénas habrían andado cien pasos cuando vieron venir hácia ellos á Francisco, el criado de su padre.

—Pero, diablos, les dijo, ¿qué habéis hecho? Vuestra madre está como loca. Vuestro padre por un lado, y yo por otro, hemos estado buscándoos toda la noche. Nadie ha comido ni ha dormido ayer en casa.

—Vamos, vamos á casa, á que nos perdone mamá, dijo Paulina.

—Si supieras, Francisco, ¡qué hambre y qué frío hemos pasado desde ayer! exclamó Arturo.

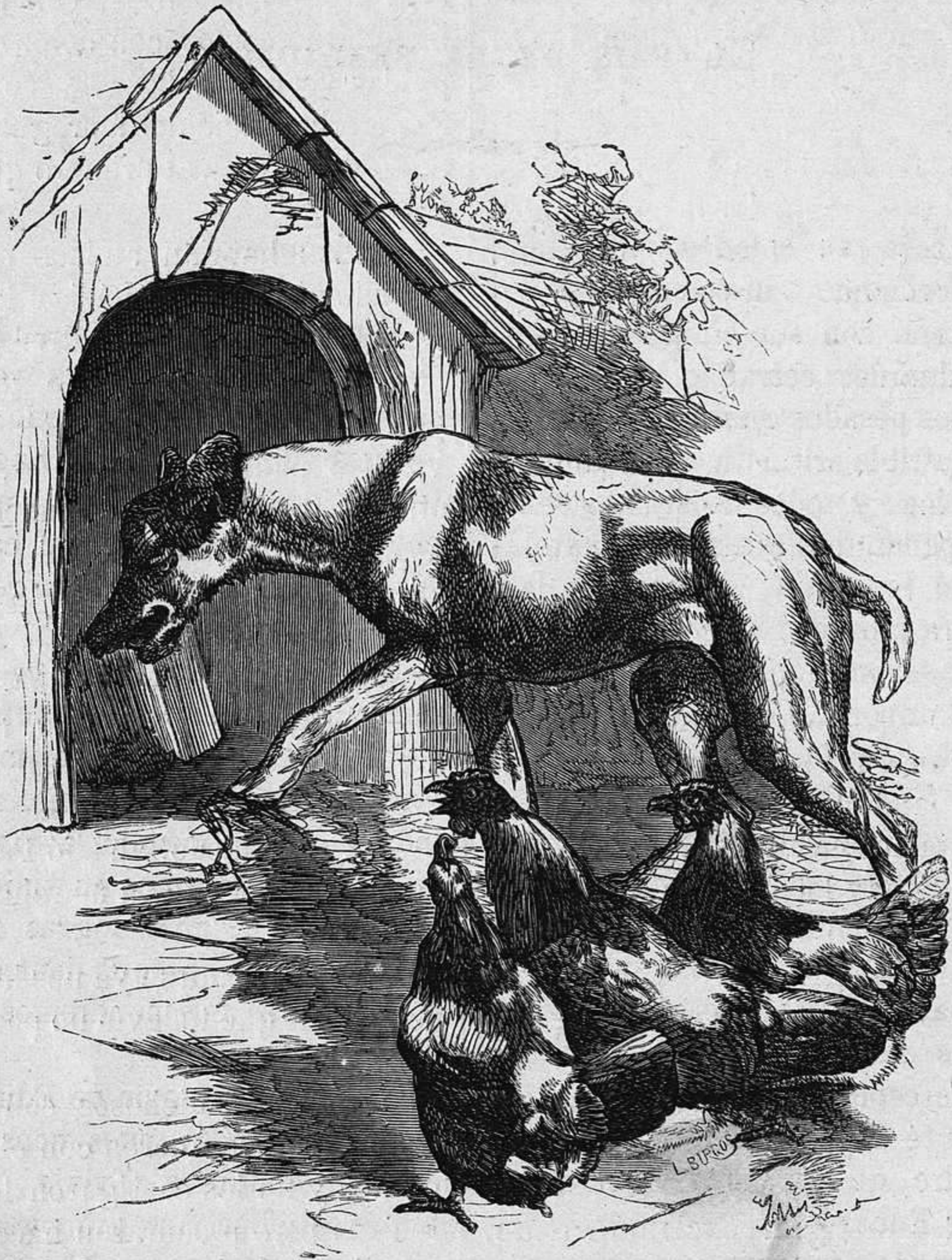
—¡Y qué miedo! añadió Paulina. Ya no nos volveremos á marchar de casa solos.

—No, no; porque ya nos hemos convencido de que todavía no podemos andar solos.

Sus padres, dichosos con volver á ver á sus hijos, fueron con ellos indulgentes y no les castigaron lo que merecían; pero procuraron hacerles comprender toda la gravedad de su falta.

Dios, á quien los niños ofenden mucho cuando no se conducen con el juicio y la cordura convenientes, envió á Paulina y á su hermano un castigo, que ni los cuidados ni la ternura de sus padres les pudieron evitar. A consecuencia del frío que habían pasado aquella noche, los dos cayeron enfermos, y durante un mes tuvieron que estar encerrados, y poco ménos que á dieta, aprendiendo así las consecuencias que tiene abusar de la libertad y desconocer la autoridad paterna.

LOS ANIMALES



EL PERRO Y LAS GALLINAS

En el corral de una casa de campo de un amigo mio , siempre que le llevaban al perro su alimento en una especie de caja de madera, las gallinas le rodeaban, y á poco que se descuidara, le comian más de lo que era conveniente.

El perro tenia muy buen carácter, y les permitia que participaran de su comida, pero el número de las convidadas aumentaba cada dia , y alguna vez le sucedió al perro quedarse sin comer. Tuvo que ponerse al fin muy serio el perro y manifestar á las gallinas el justo enojo que le causaba aquel notorio abuso.

Las gallinas comprendieron perfectamente , y se contentaban con mirarle cuando comia, demostrando una tristeza que el perro, en su instinto, conoció claramente.

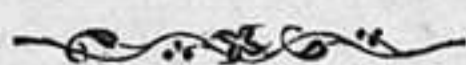
Y era tan bueno aquel animal , que tomó un partido que le permitiera comer lo que tenia gana , y favorecer al mismo tiempo á los pobres animalejos.

Cuando le llevaban la comida, cogia la caja que la contenia, vertia en el suelo una parte del contenido, y luego se la llevaba á la casita de madera donde dormia, y allí comia tranquilamente, muy contento de ver á las gallinas comer fuera lo que él las habia dejado.

Este hecho es una prueba más del buen instinto de los perros, y de la facilidad con que se aficionan á los animales domésticos en cuya compañía se acostumbran á vivir.

En eso, como en todo, se manifiesta, hijos míos, el infinito poder y la sabiduría infinita de nuestro Creador.

EL PAÍS DE LA REALIDAD



—¡Qué cosa tan enfadosa es estar siempre estudiando, sin poder jugar y divertirse uno con sus amigos! decía un día Eduardo, cerrando un libro. Siempre esos pesados guarismos, siempre esa insufrible aritmética y esa eterna gramática, y todos esos libros en que se empeñan que estudie las matemáticas, el lenguaje, la historia y la física, y otra infinidad de cosas que no me pueden ser más antipáticas.

¿Qué me importa á mí que uno más uno sean dos, ni la historia de Wamba, de D. Sancho el Bravo, ó de Felipe II? Nada, absolutamente nada. Yo lo que quiero ser es general, para ir á caballo, con mi sombrero con pluma, y detrás los ayudantes y la escolta, y para eso maldito si necesito saber todas esas cosas que no hacen más que desesperarme.

—¿Tanto te incomoda el estudio? le dijo su padre, que acababa de oír las palabras de Eduardo.

—¡Ay, papá! cada vez que cojo un libro me da dolor de cabeza, y mis ojos se cierran sin poderlo remediar. Yo creo que esto debe ser una enfermedad.

—Sí, hijo mio, es una enfermedad que sentiria en el alma se apoderara de tí por completo; es una enfermedad contra la cual es inútil toda la ciencia de los médicos y todos los simples y compuestos conocidos: se llama pereza, y uno solamente puede curarse, combatiéndola sin cesar desde los primeros síntomas.

—¿Uno mismo?

—Sí, uno mismo.

—Pero, ¿cómo? no comprendo...

—Por medio de nuestra voluntad, respondió el padre de Eduardo.

—Pues yo, por más que hago, dijo éste, no puedo vencer esa especie de sueño que se apodera de mí cada vez que tomo en mis manos una geografía ó una gramática.

—Pues bien, hijo mio; ya que no encuentras la manera de contrarestar esa enfermedad, como tú mismo la calificas, haremos lo que suelen recomendar algunos médicos á sus enfermos; es decir, haremos un viaje, á ver si cambiando de aires logras curarte. Prepárate, pues, porque dentro de algunos minutos nos pondremos en camino.

Grande fué la alegría de Eduardo al oír estas palabras; pues consideraba que mientras duraba el viaje, no tendría que estudiar. Arregló, pues, todos sus juguetes para que le acompañaran en su expedición, y arrojó en el rincón más oscuro de su gabinete los libros que tanto le aburrían é importunaban. En seguida entró su padre en traje de camino, y ambos salieron de la casa, emprendiendo la marcha á través de los campos.

Al cabo de algunos minutos llegaron á un sitio completamente desconocido para nuestro pequeño viajero.

—¿Qué sitio es este? le preguntó Eduardo á su padre.

—Este es, hijo mio, el país de la rea-

lidad, en el cual no se conoce ni la mentira ni el fingimiento; pues todas las cosas se ven tales como son.

Dieron algunos pasos más, y vieron venir por el mismo camino que ellos seguían, á un general montado en un soberbio corcel, y rodeado de un brillante estado mayor.

—¡Oh! eso quiero yo ser, exclamó Eduardo entusiasmado al ver al general.

No había aún acabado de pronunciar estas palabras, cuando este desapareció, y vió en su lugar á un quinto, idéntico al brillante militar que había causado su admiración.

En seguida le vió desfallecido de sed, caminar bajo un sol abrasador, agobiado bajo el peso de su fusil y de su mochila, le contempló después en el campo de batalla, ennegrecido por la pólvora, y le vió caer por fin herido de un balazo. Entónces el pecho del quinto se vió adornado con una cruz, que conmemoraba su valor y sus sufrimientos; después el quinto ascendió á oficial; pero cada ascenso le costaba una infinidad de trabajos y derramar su sangre en cien combates.

Al ver esto Eduardo, hizo un gesto exclamando:

— ¡Mucho cuesta llegar á ser general!

Siguieron adelante nuestros dos viajeros, y llegaron á unos campos en donde todo era verdor, todo lozanía. Preguntaron que á quién pertenecían aquellos, y les mostraron á un anciano de rostro bondadoso que se hallaba sentado sobre una piedra.

— ¡Qué campo tan hermoso! dijo Eduardo, de buena gana sería labrador; me daría buena vida, y no tendría que pasar los trabajos que sien-

do militar he sabido que se pasan.

Aún no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando el hermoso campo desapareció de ante su vista, y vió en su lugar una tierra árida y sin la más pequeña hierba; en seguida distinguió al hombre que le habían designado como el dueño de los hermosos campos que tanto le admiraban, trabajando sin descanso aquellas tierras, le vió seguir cuidadoso é infatigable el arado, sin reparar en el sudor que corría por su frente, el cual iba á caer en los surcos como si hubiera sido un abono vivificante.

Y poco á poco, aquella tierra árida se convirtió en fértil, y siguió trabajando, y la tierra aumentó su producto, y con este producto compró otros terrenos, y al fin, al cabo de una infinidad de afanes, consiguió poseer los hermosos campos que tanto habían gustado á nuestro viajero.

Separóse éste de las fértiles tierras, y siguió adelante un tanto cabizbajo, hasta que llegaron á una población en donde se celebraban unas grandes fiestas en honor de un eminente vate, el cual había honrado á su patria con sus obras, y cuyo nombre era llevado por todas partes en alas de la fama. Paráronse nuestros dos viajeros en la plaza de la ciudad, en donde iban á coronar al insigne poeta, y al cabo de un momento, le vieron llegar rodeado y aclamado por todo el pueblo.

— ¡Oh! ¡qué hermoso debe ser verse vitoreado así! Eso sí que es mejor que ser general ó labrador, y no tiene uno que correr tantos peligros ni que pasar tantos trabajos.

Aún el eco no había acabado de repetir las últimas palabras de Eduardo, cuando, lo mismo que si hubiera ante

su vista una inmensa linterna mágica, vió desaparecer al poeta y á la gente que le aclamaba, y contempló al primero pobre y olvidado en una miserable buhardilla, le vió luchar con la adversidad, le miró llegar á las puertas de los que podían favorecerle y encontrarlas cerradas; vió cómo despreciaban sus obras, que nadie conocía, y que, por lo tanto, nadie se tomaba el trabajo de leer. Le vió, en fin, pasar por una infinidad de amarguras y desengaños, ántes que se llegara á conocer su mérito, y se estimara el valor de sus obras.

—Vamos, papá, dijo Eduardo un tanto disgustado.

Siguieron, pues, adelante, y encontraron muchas personas de brillante aspecto, las cuales despertaban la envidia de nuestro pequeño amigo; pero pronto se desilusionaba al ver los afanes y las vigiliass que les habia costado á todas crearse una posición independiente y llegar á significar algo en la sociedad.

Iban á salir ya de la población, cuando sintieron el galope de un caballo; se volvieron, y vieron á un jóven elegantemente vestido, montado en un magnífico potro.

—¡Ese sí que no debe pasar ningún trabajo, exclamó en seguida Eduardo entusiasmado, como aquel que encuentra por fin su bello ideal. Pero aún no habia acabado de pronunciar estas frases, cuando se presentó ante su vista un gabinete, y en él un niño idéntico al jóven que habia causado su admiración, el cual dejaba los libros y pensaba solamente en jugar y divertirse; después el niño se hizo hombre, y su único pensamiento eran los placeres; no sabia más que jugar y divertirse,

y no comprendia que se pudiera emplear el tiempo en otra cosa que en pasar la vida lo más alegremente posible. Su única ocupación consistía en gastar el dinero que sus padres le habian dejado al morir, dinero que ellos habian ganado con el sudor de su frente, y que su hijo no sabia apreciar, porque nunca habia sabido ganarlo.

¡Gracias á Dios que ya encontré lo que buscaba! dijo Eduardo; eso es decididamente lo que yo quiero ser; ese no hace nada, no tiene ningún trabajo, y pasa su vida sin pensar en otra cosa que en divertirse.

Apénas dijo estas palabras, cuando cambió la decoración, y se presentó ante la vista de nuestro infantil viajero el porvenir de su bello ideal. Le vió lleno de deudas, perseguido por sus acreedores, y despreciado de todo el mundo; le vió recurrir á la estafa y al crimen para seguir ostentando el lujo y esplendor á que estaba acostumbrado, y el cual no podia sostener, por haberle agotado ya su capital el juego y los placeres, y le vió ir á presidio por falsificador, y morir por fin en un patíbulo, por haber cometido un asesinato para lograr el oro que no habia sabido ganar nunca con su trabajo.

Eduardo, aterrado y sollozando, se arrojó en los brazos de su padre, exclamando:

—¡Padre mio! volvamos á nuestra casa, ya estoy completamente curado, y sólo quiero estudiar, para llegar á ser algo algún dia.

Y se despertó.

Todo aquello habia sido un sueño que Dios, compadecido de él, le habia enviado para advertirle de los grandes peligros de la indolencia.

F. VARGAS.

A LOS SUSCRITORES

Preparamos escogidísimos originales escritos expresamente para Los Niños por los señores Campoamor, Barrantes, Arnao y otros notables escritores.

Está en prensa y saldrá á luz el mes próximo el *Almanaque de Los Niños para 1873*, que regalaremos á todos nuestros abonados que renueven su abono.

Suplicamos, pues, á nuestros favorecedores que no descuiden renovar el abono, si tienen interes en recibir el *Almanaque*.

Recordamos tambien á nuestros amables suscritores el anuncio ya inserto en anteriores números del curioso y bonito libro titulado

LA RELIGION EN CUADROS

CON SESENTA LAMINAS

cuyos ejemplares, que se venden en las librerías á 10 rs., los daremos á nuestros abonados á 4 rs. en Madrid y 6 en provincias.

Tambien tenemos algunos ejemplares de la preciosa

BARAJA GEOGRÁFICA

compuesta por el ilustrado coronel Lopez Fabra, y que tanta aceptacion ha obtenido y tantos elogios ha merecido de las personas de buen gusto y competentes en la materia.

Esta *Baraja* se vende á 12 rs.; pero á los suscritores á Los Niños se les rebaja la mitad.

Para las renovaciones á Los Niños, pedidos de nuevas suscripciones, y de *La Religion en cuadros* y de la *Baraja geográfica*, deben nuestros favorecedores dirigirse á la Administracion, plaza de Matute, 2, Madrid.



TRAVER

G. de L.